

EARTH'S EARLIEST AGES

LAS PRIMERAS ERAS DE LA TIERRA



G. H. PEMBER

Traducido por RMC

Nota del Traductor:

La presente traducción es para uso exclusivamente personal y en ningún momento para fines comerciales.

*Ha sido realizada directamente del original inglés
Earth's Earliest ages (Edición 1884)*

*Esta traducción contiene los capítulos del 1 al 10.
Les agradeceríamos hicieran un uso responsable de ella.*

R. Martínez C.

www.laiglesiaenmalaga.es

Capítulo V

La Creación del hombre

Historia complementaria de la creación del hombre

El relato detallado de la creación del hombre que ahora se presenta a nuestra consideración es un tema de profundo interés: porque constituye la única base posible de la verdadera doctrina con respecto al origen y naturaleza de nuestra raza. Debemos, por lo tanto, examinarlo cuidadosamente: pero el trabajo no será tedioso, porque toda la revelación está contenida en el breve registro siguiente: “*Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente*” (Gn. 2:7). Tenemos pues tres puntos a considerar; la formación del cuerpo, el soplo del aliento de vida y el resultado, que es que el hombre pasó a tener una conciencia, esto es un alma viviente.

El moldeado (formación) del cuerpo

En primer lugar se nos dice que el Señor Dios formó al hombre, es decir, moldeó su forma corporal como lo hace el alfarero con la arcilla. De hecho, el significado del verbo hebreo está tan claro que su participio presente, usado como sustantivo, es la palabra ordinaria para un alfarero. A este primer acto de Dios se refiere Job cuando dice: “*Acuérdate, por favor, de que tú me formaste como al barro, y que me harás volver al polvo*” (Job 10:9). Porque el material moldeado era el polvo de la tierra que acababa de ser humedecido por un vapor; y por eso dice después: “*Polvo eres, y al polvo volverás*” (Gn. 3:19).

La palabra traducida “tierra” es *adamah*, que significa propiamente tierra roja, y de la cual parece derivarse el nombre de Adán. Esto se corresponde con el color natural de la piel humana, que es rojo sobre blanco, y de acuerdo con el cual la descripción de Salomón de la belleza ideal comienza con las palabras, “*Mi amado es blanco y sonrosado*” (Cant. 5:10 RV1995).

El sopro del espíritu

El espíritu del hombre no tuvo nada que ver con la formación de su forma física. Dios moldeó primero la estructura inerte sin sentido, y luego sopló (insufló) en él “aliento de *vidas*”; porque en el original la última palabra está en plural. Sin embargo, no lo hemos observado anteriormente, porque puede no ser más que el conocido plural hebreo de excelencia: la palabra, que es el término común para la vida, rara vez se encuentra en singular. Pero si queremos dar significado al número, puede referirse al hecho de que la inspiración de Dios produjo una doble vida, sensitiva y espiritual, la existencia distinta de cada parte de la cual a menudo podemos detectar dentro de nosotros mismos por su antagonismo.

Este aliento de “vidas” se convirtió en el espíritu del hombre, en el principio de la vida dentro de él, pues, como nos dice el Señor, “el espíritu es el que vivifica”, y por la manera de su introducción se nos enseña que era una emanación directa del Creador. Debemos, por supuesto, evitar cuidadosamente confundirlo con el Espíritu de Dios, del cual lo distingue claramente las Escrituras, y Quien es representado como dando testimonio con nuestro espíritu (Ro. 8:16). Pero, como se nos dice en el Libro de Proverbios (Prov. 20:27), es la lámpara del Señor, capaz de ser encendida por su Espíritu, y dada por él como un medio por el cual el hombre puede escudriñar las cámaras de su corazón y conocerse a sí mismo.

El origen del alma

Así pues, el hombre fue formado sólo de dos elementos independientes, el corpóreo y el espiritual: pero cuando Dios colocó el espíritu dentro de la envoltura de tierra, la combinación de estos produjo una tercera parte, y el hombre se convirtió en un alma viviente¹. La comunicación directa entre el espíritu y la carne es imposible: sus interrelaciones sólo pueden llevarse a cabo a través de un medio, y la producción instantánea de éste, fue el resultado de su contacto en Adán.

Él se convirtió en un alma viviente en el sentido de que el espíritu y el cuerpo estaban completamente unidos por esta tercera parte; de modo que en su estado “no caído” nada sabía de los esfuerzos incesantes del espíritu y la carne a los que estamos sujetos en nuestra experiencia diaria. Había una

¹ Este es posiblemente el significado del plural en la expresión “aliento de vidas”.

La inspiración (o sopro) de Dios se convirtió en el espíritu, y al mismo tiempo, por su acción sobre el cuerpo, produjo el alma. Esta fue la causa de la vida tanto espiritual como sensitiva.

mezcla perfecta de sus tres naturalezas en una sola, y el alma como medio unificador se convirtió en la causa de su individualidad, de su existencia como ser distinto. También es para servir de cubierta al espíritu y un modo de usar el cuerpo, no como afirmaba erróneamente Tertuliano que la carne es el cuerpo del alma, y el alma del espíritu.

Pero es interesante notar que, mientras el alma es el punto de encuentro de los elementos de nuestro ser en esta vida presente, el espíritu será el poder gobernante en nuestro estado de resurrección. El primer hombre Adán fue hecho un alma viviente, pero el último (el postrer) Adán, un espíritu vivificante (1 Co. 15:45); y lo que es sembrado como cuerpo psíquico (anímico) es resucitado como un cuerpo espiritual (1 Co. 15:44).

La doctrina de la triple naturaleza del hombre está, con una o dos excepciones, muy oscurecida por lo inadecuado de nuestra versión

Así, en el mismo comienzo de las Escrituras se nos advierte en contra de la fraseología popular del alma y el cuerpo, que durante mucho tiempo ha sostenido una creencia errónea de que el hombre sólo consta de dos partes. Esta idea, de hecho, ha echado raíces tan firmes entre nosotros que ha causado una deficiencia en nuestro lenguaje. Porque aunque poseemos los sustantivos “espíritu” y “alma” -que, sin embargo, son tratados con demasiada frecuencia como sinónimos- no tenemos ningún adjetivo derivado de estos últimos, y por lo tanto somos incapaces de expresar la conexión con el alma excepto por una paráfrasis. Ciertamente se está haciendo un intento de anglicanizar el término griego “psíquico”; pero la forma y el sonido no deseados de la palabra parecen probablemente impedir su adopción en el lenguaje ordinario². Sin embargo, la necesidad de tal adjetivo casi ha ocultado la doctrina de la naturaleza tripartita del hombre en nuestra versión de las Escrituras: y los lectores ingleses se alejan del sentido por traducciones inadecuadas de una palabra griega que significa “perteneciente al alma”, pero que a veces se convierte en “natural” (o “terrenal”), y otras veces, en “sensual” (1 Co. 2:14; Santiago 3:15; Judas 19).

Hay, sin embargo, uno o dos pasajes en los que se hace referencia a la triple composición de nuestro ser, que no puede ser oscurecida. Tal es el versículo muy notable en la Epístola a los Hebreos: *“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de dos filos; penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y los tuétanos, y es poderosa para discernir los pensamientos y las intenciones del*

² N. del T. A día de hoy, en español, el término es ampliamente aceptado y utilizado.

corazón.” (Heb. 4:12 LBLA). Aquí Pablo habla claramente de la parte inmaterial del hombre que consiste en dos elementos separables, alma y espíritu; en cuanto que describe la parte material como compuesta de articulaciones y médula (coyunturas y tuétanos), órganos de movimiento y sensación. Así, pues, él reclama para la Palabra de Dios el poder de separar y, por así decirlo, de despiezar todo el ser humano, espiritual, psíquico y corpóreo, así como el sacerdote desollaba y dividía miembro a miembro al animal para el holocausto, a fin de desnudar cada parte y descubrir si había alguna mancha o defecto oculto.

Otro pasaje obvio es la bien conocida intercesión de Pablo por los Tesalonicenses: “*Y que el mismo Dios de paz os santifique por completo; y que todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea preservado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo*” (1 Tes. 5:23).

Funciones respectivas de cuerpo, alma y espíritu.

Ahora podemos llamar al cuerpo la conciencia de los sentidos, al alma la conciencia de uno mismo (de sí mismo o la autoconciencia), y al espíritu, la conciencia de Dios. Porque el cuerpo nos da el uso de los cinco sentidos; el alma comprende el intelecto que nos ayuda en el estado presente de la existencia, y las emociones que proceden de los sentidos; mientras que el espíritu es nuestra parte más noble, que vino directamente de Dios, y por medio de la cual podemos aprehenderlo (comprenderlo) y adorarlo.

Este último, como hemos señalado anteriormente, sólo puede actuar sobre el cuerpo por medio del alma; y tenemos una buena ilustración de este hecho en las palabras de María: “*Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador*” (Lucas 1:46, 47). Aquí el cambio de tiempo muestra que el espíritu concibió primero la alegría en Dios y luego, comunicándose con el alma, la despertó para dar expresión al sentimiento por medio de los órganos corporales.

Pero el espíritu del inconverso está empapado en un sueño como de muerte, excepto cuando es despertado a un sentido momentáneo de responsabilidad por ese Espíritu del Señor, que convence aun al mundo de pecado, de justicia y de juicio. Tales hombres son incapaces de tener relaciones con Dios: el alma, manifestada a veces en la intelectualidad, a veces en la sensualidad, a menudo en ambas, reina sobre ellos con dominio indiscutible. Esto es lo que Judas expone en su versículo diecinueve, el cual debe ser interpretado así: “Estos son los que causan divisiones; hombres

dominados por el alma, que no tienen espíritu”³. Y aun en el caso de los convertidos, los poderes del espíritu son suprimidos en gran parte en la actualidad, siendo su lugar ocupado, aunque inadecuadamente, por las facultades del alma y del cuerpo.

¿Cuán inadecuados nos sentimos cada uno de nosotros? Porque cuando al fin despertamos del sueño de este mundo, cuando nuestros ojos se abren a la contemplación de las realidades, y una convicción asombrosa de la naturaleza siempre decadente y rápidamente pasajera de todo lo que es visible relampaguea sobre nuestra mente, desde ese momento estamos poseídos por un deseo absorbente, el de alcanzar la vida eterna. Pero para este fin, ¿qué guía podemos esperar de los sentidos corporales, cuya incesante marcha es siempre a la tumba? No, ni siquiera el alma, por muy inteligente que sea, por muy diligente que sea en su búsqueda, puede encontrar por ninguna pena el camino de la sabiduría. A menudo, en efecto, se esfuerza por hacerlo; pero cuán absolutamente poco fiables son sus conclusiones lo podemos ver incluso en la dificultad de descubrir a dos hombres del más alto orden del intelecto con una identidad de opinión. La razón no es más que un instrumento incierto y engañoso en el mejor de los casos, y el orgullo cegador del hombre empeora aún más las cosas. Porque cuando uno ha puesto su corazón en una idea -que tal vez no es otra cosa que la creación de su propia fantasía, tan insustancial como el castillo de un sueño, usa sus poderes desde entonces con el único propósito de hacer que la imagen de su imaginación resalte tan vívidamente y tan parecida a la realidad como sea posible.

La razón es falible y a menudo peligrosa. Pero el poder del espíritu es una percepción instintiva e infalible de la verdad

Y así podemos ver fácilmente que el intelecto no es meramente falible, sino el más peligroso de todos los dones, a menos que sea guiado por el Espíritu de Dios. Porque a lo malo lo puede llamar bueno, y a lo bueno malo; puede poner tinieblas por luz, y luz por tinieblas; amargo por dulce, y dulce por amargo. No, la ola de su varita mágica puede llenar no sólo esta vida, sino

³ ψυχικοι πνευμα μη εχοντες. Dificilmente se trata del “Espíritu”. El griego hace un contraste entre el alma y el espíritu humano demasiado obvio y natural, tanto que, si Judas quisiera referirse al Espíritu Santo, ciertamente habría mantenido su significado, añadiendo el artículo a πνευμα. Sin embargo, no parece necesario especular más sobre el sentido para entender que, en el hombre descrito, la conciencia de Dios es reprimida por la sensualidad. Incluso en este caso, el espíritu puede todavía seguir teniendo un potencial, aunque, en relación a la influencia presente, esté muerto.

también la región más allá del río de la muerte, con paisajes soleados y escenas hermosas, a todo lo cual es capaz de dar la apariencia de una realidad firme, hasta el momento fatal que separa el espíritu y el cuerpo, cuando en un instante la brillante vista es borrada para siempre por la ardiente oscuridad de los perdidos.

Y aun en el caso de aquellos que han nacido de nuevo, que han recibido el poder de convertirse en hijos de Dios, la facultad intelectual es todavía tan incompetente que, aunque poseen la verdad en la revelación Divina, son, sin embargo, como Pablo nos dice, sólo por el momento capaces de conocerla y entenderla en parte. Pero cuando de aquí en adelante el espíritu, nuestra vida real, sea liberado y restaurado a su trono, inmediatamente tomaremos conciencia de poderes que ahora no podemos ni siquiera aprehender ni siquiera imaginar; ya no seremos personas que se oscurezcan con los fantasmas de los sueños tenebrosos y siempre cambiantes de la razón, sino que nos encontraremos en un mundo donde no hay noche, y dotados de una visión penetrante e infalible que Dios dará a todos Sus redimidos. En lugar de la lógica incierta y engañosa del alma, se nos dotará de esa percepción instintiva de la verdad, que es prerrogativa de los espíritus inmaculados.

*Adán es situado en el jardín del Edén,
y comienza la primera prueba del hombre*

Así, pues, el Señor creó al hombre a Su propia imagen; y podemos imaginar el gozo con el que Adán despertó a la conciencia en medio del bello mundo preparado para su habitación y posesión. Pero por muy bella que fuera entonces la Tierra, la inagotable bondad de Su Creador embelesaría aún más su corazón al disponer para su morada una escena de belleza tan preeminente y deleites sobreabundantes. Hacia el este, en el Edén, el Señor Dios plantó un huerto, y lo enriqueció con todo árbol agradable a la vista y bueno para comer, incluyendo entre ellos el árbol de la vida y el del conocimiento del bien y del mal. Entonces tomó al hombre que había hecho, y lo puso en este paraíso para que lo cultivara, y, como dice nuestra versión, para que lo guardara. Pero este último verbo, en hebreo, también sugiere la idea de vigilar o proteger, que parece señalar a un enemigo y posible agresor.

Y entonces comenzó la primera era o dispensación de nuestro mundo, la primera prueba del hombre para determinar si cuando está en posesión de la inocencia es capaz de mantenerla. La Tierra, por el trabajo de los Seis Días, estaba llena de puras bendiciones, todo lo que contenía era muy bueno; a Adán se le dio el dominio supremo, y él era un ser puro y sin pecado. Además, sólo había un mandamiento; y, por lo tanto, el pecado estaba

circunscrito, y sólo era posible una única transgresión. El hombre podía comer libremente de todos los numerosos árboles del huerto, e incluso el árbol de la vida estaba accesible para él; pero se le ordenó que adorara al gran Dios que le había dado todas las cosas, y que pagara un diezmo en reconocimiento a la inagotable generosidad que se le había concedido, absteniéndose de un solo árbol, el del conocimiento del bien y del mal. De este no debía comer, o probaría ser un rebelde, y perdería su reino y su vida.

Con respecto a los hostiles habitantes del aire, parece que no recibió ninguna advertencia clara, sino sólo la que estaba implícita en la orden de cultivar y vigilar el jardín. Y no necesitaba nada más: porque conociendo bien la única prohibición de Su Dios, podía detectar de inmediato a un enemigo en cualquier ser que lo tentara a desobedecerla.

Los dos nombres Elohim y Jehová

No hay ninguna mención de este pacto con Adán en el primer capítulo del Génesis: porque allí tenemos meramente un registro de la creación y la restauración, mientras que en el relato suplementario nos ocupamos de la responsabilidad moral del hombre. Y por lo tanto, un cambio en la denominación de Dios, Quien cuando es considerado sólo como el Creador y Gobernante es llamado Elohim o el Poderoso (el Altísimo), pero Quien toma el título de Jehová -habitualmente traducido “el Señor” en nuestra versión- tan pronto como aparece en relación al pacto con el hombre. En su primera introducción, el nombre Jehová se une a Elohim, para evitar toda duda en cuanto a la identidad del Ser designado por ambas palabras.

Ahora bien, es evidente que, si bien cualquiera de estos nombres se adapta a algunos pasajes, debe haber, sin embargo, muchos casos en los que uno sería apropiado y el otro no. De esto los escritores sagrados están siempre atentos, y pronto nos reuniremos con otros ejemplos de su cuidadosa discriminación. Parece, por lo tanto, que el mismo hecho aducido por los racionalistas como prueba de que las Escrituras son una torpe compilación de documentos diversos e incongruentes, a los que llaman elohistas y yahvistas, muestra bellamente la unidad y consistencia de todo el volumen.

Adán da nombres a los animales, y debe, por lo tanto, haber sido dotado de habla desde el día de su creación

A Adán le esperaba otra alegría majestuosa. Su benigno Creador, sabiendo que no era bueno para él estar solo, decidió otorgarle una compañera y participante de su gozo. Pero primero le trajo las bestias del campo y las aves

del cielo, para ver cómo las llamaba; es decir, para ver si reclamaba alguna de ellas como hueso de sus huesos y carne de su carne. Adán le dio nombres a todos, pero a ninguno el de mujer; resultado que, por supuesto, había sido anticipado por Dios. De hecho, no parece improbable que Él hiciera la prueba para estimular en Su criatura un deseo que tenía la intención de satisfacer.

Y si el primer hombre fue capaz, el mismo día de su creación, de dar nombres -fundados, sin duda, en sus peculiaridades- a bestias y aves, es evidente que la lengua fue un don que Dios le concedió en el momento en que el aliento de vida le fue insuflado en la nariz. Los cristianos, por lo tanto, no pueden tolerar las especulaciones de los filósofos modernos con respecto al desarrollo gradual del habla.

La creación de la mujer. Adán y Eva un tipo de Cristo y Su iglesia

Al dar nombre al reino animal, Adán tomó posesión de su dominio antes de la aparición de la mujer; de modo que ella compartió su señorío sobre la creación, no por derecho propio, sino como hueso de sus huesos y carne de su carne. Y aquí podemos discernir un tipo evidente del segundo Adán y Su esposa. Porque la iglesia, aunque todas las cosas son suyas, las poseerá sin mérito ni derecho propio, sino sólo como esposa (novia) de Aquel que es el heredero de todas las cosas (1 Co. 3:21-23).

En la historia de la creación de la mujer debemos observar la estrecha relación entre el hombre y la mujer, y las responsabilidades de amor mutuo que implica; la protección debida, por un lado, y el sometimiento, por otro. Cada particular es tan sugestivo del gran misterio de Cristo y de Su iglesia que será bueno notar algunos de los puntos a comparar.

Una consideración de algunos de los detalles del tipo

En primer lugar, el Señor comenzó Su obra final haciendo que Adán cayese en un sueño profundo. Del mismo modo durmió el segundo Adán tres días en el sueño de la muerte antes de que pudiera comenzar la creación de Su novia (esposa).

Mientras el primer Adán dormía, Dios abrió su costado y sacó la costilla con que la que hizo a la mujer. Así, mientras el segundo Adán dormía muerto en la cruz, un soldado le perforó el costado, de modo que salió sangre y agua; y por medio de esa sangre, sin cuyo derramamiento nunca podría haber habido remisión de pecados, la iglesia está ahora en proceso de formación. *“Y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y*

pueblo y nación” (Ap. 5:9), es el clamor de los ancianos cuando llegó el momento de cantar el nuevo cántico.

Después de que la costilla fuera extraída, Dios cerró la carne en su lugar. No se tomó una segunda costilla; sólo una mujer fue hecha para Adán, aunque muchas nacieron después de él. Así también será con el segundo Adán: Él también tendrá una sola esposa celestial, la iglesia de los Primogénitos, los que son Suyos, en Su venida⁴. Este cuerpo será completado durante Su presencia en el aire, o primer cielo, y Su matrimonio tendrá lugar justo antes de la terrible destrucción que ha de preceder al reino del Milenio, como puede verse por el orden de los eventos dados en los capítulos diecinueve y veinte del Apocalipsis. Multitudes serán salvadas después por Él: *“Hijas de reyes están entre tus ilustres”*, pero, *“estará la reina a tu diestra con oro de Ofir”* (Salmo 45:9).

Leemos a continuación: *“Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre”* (Gn. 2:22). Pero las últimas palabras no son de ninguna manera una traducción adecuada del original, el cual debía ser traducido como *“edificó una mujer”*. Y hay una notable coincidencia en el uso de tal término, y la frecuente aplicación de las palabras *“construir”* y *“edificar”* a la iglesia en el Nuevo Testamento.

Cuando Dios hizo a la mujer, la llevó a Adán. De la misma manera que Dios está trayendo ahora a los escogidos, en espíritu, al Esposo (novio) celestial, y nadie puede venir a Cristo a menos que el Padre lo atraiga (Juan 6:44). Y así traerá en persona a la novia consumada al segundo Adán, y al fin responderá a esa oración: *“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo”* (Juan 17:24).

Al recibir a Su esposa, Adán exclamó: *“Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne”* (Gn. 2:23). Así, el segundo Adán nos dice que Él es la vid y nosotros los pámpanos (sarmientos) (Juan 15:5); mientras que Su apóstol afirma aún más claramente: *“Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos”* (Ef. 5:30).

Entonces prosigue Adán: *“Esta será llamada varona, porque del varón fue tomada”*. La palabra hebrea para hombre (varón) es *Ish*, y para mujer, *isha*. Ella participaba de la naturaleza de Adán, por lo tanto debía ser llamada como su nombre. Y en Su venida, Cristo, habiendo cambiado los cuerpos del pueblo que le espera, a la semejanza de Su cuerpo glorioso, y haciéndolos

⁴ O mejor dicho, “en Su presencia”. Ver el capítulo sobre la Presencia y la Aparición en la obra del autor “Las Grandes Profecías”.

partícipes de Su naturaleza, entonces, cumplirá Su promesa dada al vencedor: *“Escribiré sobre él el nombre de mi Dios”* (Ap. 3:12).

Por último, las palabras: *“Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne”* son, en su aplicación a la mujer, paralelas a la palabra del Señor: *“El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí”* (Mat. 10:37). Y de nuevo por la exhortación a la novia mística: *“Oye, hija, y mira, e inclina tu oído; Olvida tu pueblo, y la casa de tu padre; Y deseará el rey tu hermosura; E inclínate a él, porque él es tu señor”* (Salmo 45:10, 11). Estas palabras tienen mucha más fuerza si recordamos que los que sean salvos por Cristo -pero no pertenecen a la iglesia de los Primogénitos- probablemente habitarán la tierra de la que nacieron, y no serán llamados de su antigua morada a los lugares celestiales.

Así podemos ver cuán evidentemente la historia de Adán y Eva prefigura cosas maravillosas por venir, y expone el misterio del matrimonio en su referencia a Cristo y a Su iglesia.